

# Borges lector de Nietzsche y Carlyle



Sergio Sánchez



## ÍNDICE

Prólogo	9
Zarathustra y la sombra del nazismo	15
Escepticismo y crítica del heroísmo	59
Bibliografía	99
Procedencia de los textos	107

Como todas las cosas que conocemos, un texto es una criatura histórica, no una *cosa en sí*. Vale decir que nace y vive de sus relaciones con otros textos: aquellos que su autor leyó y los que él mismo creó. Borges, que así lo entendía, veía que lectura y escritura integran un *continuum*: “los libros congregados e interrogados por un hombre constituyen también un aspecto de su obra”.

Las páginas que siguen procuran explorar esos aspectos de la obra de Borges que son su lectura de Nietzsche y Carlyle, la que termina por entregarnos, en trance similar al del emblemático hombre del “Epílogo” de *El hacedor*, una imagen de la obra de Borges mismo, y “el mapa y espejo de su personalidad”. En distinto grado y con diverso cariz, el escocés y el alemán son parte importante de su mundo de lecturas y de sus creaciones. Borges los juzga por la “entonación” de sus trabajos, en la que su sensible oído crítico descubre la clave de una actitud elemental frente al mundo y la vida: un estilo. No lo celebra, antes bien lo deplora: su lectura del *Zarathustra* de Nietzsche y de las mayores obras de Carlyle entrañan una verdadera crítica del estilo enfático que las caracteriza.

Ciorán ha dicho que Borges representa la imagen de la única utopía que estaría dispuesto a aceptar como propia. Esta confesión comporta algo que va mucho más allá de la opción por un estilo literario o un asunto que compete meramente

al arte y los libros: representa una opción de cultura. Es lo mismo que tenemos en la reacción de Borges a los autores que ha leído: trasunta sus preferencias estéticas, las que claramente son mucho más que sólo estéticas. Si atendemos a lo que rechaza de Zarathustra y de las estridentes páginas sacerdotales de Carlyle, podemos imaginar cuál es la utopía que les opone, qué tipo de mundo y qué cultura son compatibles con esos rechazos. Los hombres de su utopía fatalmente se le parecen: son escépticos, no están ganados por la locura de tener razón y sus gustos, actitudes y pasiones son las que caracterizan a los “justos”, que quiso “salvando el mundo” o conjurados en “una torre de razón” en medio de la Babel de la época.

Vistos con las lentes del momento en que Borges escribe, pulidas por la historia de los efectos en que con múltiples textos se inscribe el trabajo de los totalitarismos, en especial el que padeció Europa con la llegada del nazismo, Nietzsche y Carlyle aparecen transformados al modo en que lo están muchos escritores tras el advenimiento de Kafka, que nos hace verlos como sus precursores. Los énfasis del *Zarathustra* y del autor de *Past and Present* son mucho más que la expresión de un temperamento o un rasgo de la auto-estilización de dos escritores: suenan como ecos del presente que llegan al Río de la Plata con las noticias más sombrías de la vieja Europa, decidida a dar la espalda a sus mejores tradiciones.

Pero Borges es un lector exigente, capaz de ese “arte de leer bien” que requirió Nietzsche y del que pocos lectores se mostraron capaces. Borges fue uno de estos pocos (como en Europa lo fue Thomas Mann por las mismas fechas). Su lectura de Nietzsche es acaso la más inteligente y honesta que se ha hecho en nuestro país. No está hipotecada por el apremio de juicios sumarios, que lleva a valorar obras y autores sin la suficiente asistencia de la crítica y la sana *ephexis* escéptica. Borges no parece buscar otra cosa que comprender, con la

mayor honestidad intelectual de que es capaz. Hay en él un maestro de los matices que, frente a las simplificaciones de las férreas convicciones de Carlyle, no puede menos que expresar su disgusto. Y por esto también, admira las páginas del mejor Nietzsche: el que recordaba a sus lectores que él era “la antítesis de una naturaleza heroica” y que “las convicciones son prisiones”; el Nietzsche “buen europeo” que afirmaba no poder alabar los libros de Emerson –admirado por Borges– de tan cercano que los sentía.

La atención a la densa trama de las lecturas de Borges y su escritura, permite apreciar un contenido que es al mismo tiempo evidente y oculto, como “la figura en el tapiz” en el relato de Henry James, y que entraña un modo peculiar de entender y valorar nuestra común condición humana. Si no hemos entendido mal, acaso no diste de lo que Horacio González ha aludido como el “existencialismo trágico” que el escritor “formalmente repudiaba”. Nos gustaría pensar que hemos presentado con suficiente claridad esta visión que para nosotros contiene la medida borgeana para lo humano.

El segmento de la “biblioteca ideal de Borges” que exploramos permite entrever en sus líneas principales la constelación de otros autores, además de los convocados en primer lugar, que son referencia obligada en el mapa de sus simpatías y antipatías. Hemos indicado apenas unos pocos, los más relevantes para nuestro tema. El lector interesado en este tipo de cartografías encontrará en las notas información para ahondar y completar ese mapa tentativo.

*Córdoba, junio de 2014.*

Borges escribió alguna vez que “los libros congregados e interrogados por un hombre constituyen también un aspecto de su obra y el mapa y espejo de su personalidad”.

Las páginas de este volumen procuran explorar esos aspectos de la obra del escritor que son su lectura de Nietzsche y Carlyle.

En distinto grado y con diverso cariz, el escocés y el alemán son parte importante de su mundo de lecturas y de sus creaciones. Borges los juzga por la “entonación” de sus trabajos, en la que su sensible oído crítico descubre la clave de una actitud elemental frente al mundo y la vida: un estilo. No lo celebra, antes bien lo deplora: su lectura del Zarathustra de Nietzsche y de las mayores obras de Carlyle entrañan una verdadera crítica del estilo enfático que las caracteriza.

La sombra del nazismo ha jugado su papel en esta valoración. También, en las antípodas, la imagen de una cultura que salvara los valores de la razonabilidad del hombre; una razón que aceptara la contingencia de su condición humana y no eludiera las responsabilidades de una vida sin garantías últimas, asumiendo el desafío de no trocar las perplejidades e incertidumbres inherentes a la finitud por los dogmas deshumanizadores que la rehúyen. En ello, el escéptico Borges habría visto las alternativas entre las que ha de optar el hombre.



EDITORIAL

Universidad  
Nacional  
de Córdoba

ISBN 978-950-33-1135-6



9 789503 131135 6